

CUERPOS CELESTES

JAVIER GALEANO PÁJARO

CUERPOS CELESTES



© 2021, Editorial Escarabajo S.A.S.
Calle 87A No. 12 - 08 Ap. 501
Bogotá, Colombia
www.escarabajoeditorial.com
escarabajoeditorial@gmail.com

©Javier Galeano Pájaro

Colección Narrativa Colombiana Escarabajo *Jugué mi corazón al azar*
Homenaje a José Eustasio Rivera

Director de la colección: Eduardo Bechara Navratilova
Editores: Julián Beltrán y Juliana Puerta
Diseño de cubierta: Alejandra Casallas
Logo de la colección: Manuela Giraldo Zuluaga y Tatiana Bedoya
Diseño del interior: Gisela Acosta Q.

ISBN: 978-628-7546-29-5

Queda hecho el depósito de ley.

Primera edición en Colombia: Escarabajo Editorial S.A.S. 2022

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o parcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor o la editorial.



Narrativa Colombiana Escarabajo
Homenaje
José Custasio Rivera

*A Mayito y a Belma
Y a todas las mujeres Pájaro*

PRÓLOGO

¿Qué otra cosa somos los seres humanos sino cuerpos celestes que giran en torno a las gravitaciones del amor o el desamor? Una novela podría concebirse como un viaje astral donde, como querían los antiguos, cada eclipse corresponde a una catástrofe personal. En esta obra, Galeano Pájaro nos propone el breve universo del Sinú, donde orbitan personajes desolados, constelaciones que iluminan el origen y la naturaleza de las cosas.

En las silenciosas estrellas podremos augurar ciertos destinos aunque siempre hay un resquicio para lo inesperado. Los personajes-asteroides de Cuerpos Celestes chocan entre sí o se deshacen en el momento de entrar en determinadas atmósferas. Magaly espera su amor. Sin embargo, aquello que le sobreviene solo es un remedo de lo que anhela. Chicho quiere ir más allá pero sus deseos se estrellan contra los bordes que impone el universo. El resultado es habitar una especie de limbo, una galaxia tal vez inerte apenas sostenida por la silenciosa gravedad de los hechos.

El autor ha trabajado esta novela desde una dimensión poética que es el sustrato de todo novelista. Los registros, las voces, la indagación sobre la oralidad semejan melodías siderales que se lanzan en territorios

surcados por el río, no lejos del mar que es a la vez el lugar de los naufragios. Cuerpos Celestes tiene hondura, precisión y vuelo. El lector advertirá que estas páginas han sido sometidas a un duro proceso de orfebrería creativa. Y en esa paciencia, Galeano Pájaro ha encontrado las filigranas de un gran novelista.

Pedro Badrán

I

MERIDIANO

El Chicho sabía que a mí me gustaba el baile así que me llevó al batán. Imagínate tú, muchachona, inexperta, saliendo del instituto a las diez de la noche, con aquel revuelto de algoritmos y átomos en la cabeza y viene este moreno con sus labios brotados, los brazos fuertes saliendo de una manga sisa roja, montado en una Suzuki 500 botando chispas por el mofle: no había forma de negarse. Y que el condenado te lleve a sacudir el maní a un playón en dónde doscientas mil parejas hacen lo mismo y hasta peor y el muy infeliz te dice al oído que contigo se vacila muy rico, mordiéndose ese pedazo de labio y tú, Ay, Chicho, no hables tantas locuras, mirando para el cielo en el que las estrellas parecían descolgarse. Así me tenía. Con una mano atrás de la cintura y la otra aprisionándome el cuello, resoplándome bien cerquita de la cara. Y era a darme un beso y yo que no y que no, porque, Chicho, ¿tú y yo qué somos? Y él, Nada, somos amigos especiales. Y de una buena vez le dije, Pues yo con mis amigos del barrio no me ando besuqueando, así que deja de molestar. Y ese moreno a pegar su cuerpo contra el mío, a subirme la temperatura en aquel polvorín que para muchos fue una pista de baile, pero que para mí, Magaly Martínez, fue el inicio de mi perdición. Bien me lo dijo la mama cuando llegué pasadas las doce a la casa, Ese hombre será tu perdición, Magaly. Y yo le decía que no, que yo no había estado haciendo nada

malo, lo cual era verdad, porque salir a bailar nunca le ha hecho mal a nadie. Además, Chicho y yo somos amigos, le explicaba a la mamá. Y ella me contestaba, Sigue creyendo. Sigue creyendo que el golero come alpiste, así decía.

Pues que yo seguí creyendo, sí señor, cada vez que El Chicho venía en su moto a recogerme, los ojos se me iluminaban cual focos de feria. Cada vez que me decía “negra” o “mami” yo más me le arrimaba y cuando aceleraba esa Suzuki ya ni me importaba quedar con el pelo alborotado por la brisa. Entonces lo de los batanes se volvió costumbre, él ya sabía que los viernes era fijo que me encontraba a la salida del nocturno así que iba listo para secuestrarme. Y entre aquellos cuerpos brillantes me tomaba fuerte, me amacizaba hasta tenerme mareada, cada vez arrimándose más hasta que una noche, con el *bumbum* del picó aturdiéndome los pensamientos y acelerándome el corazón, sucedió lo inevitable: recibirle un beso. Ahí fue cuando me puso a alucinar y a sentir que todo me daba vueltas y le decía, Chicho, ya me quiero ir para mi casa. Vamos para donde quieras, mi vida, y él de una vez a bailarme más apretado. Pero yo resistiendo y haciéndome la difícil le insistía en que ya era hora, que la mamá seguro me estaba esperando con la correa en la mano, y él a darme vueltas, a dejarme sin aire. Mientras yo le daba largas a la cosa porque no, una mujer tiene que hacerse desear.

Cuando se dio cuenta que estrujarme en aquel desorden no era suficiente, ahí sí vinieron los planes más románticos; que me sacaba a comer helado de baloncito al norte, a caminar agarrados de la mano por el malecón, a pantallarme frente a sus amigos, cosas que para una mujer significan mucho, porque le dan cierta convicción de que el asunto va en serio, pero

que para un hombre no son más que ponerle carnada a la caña. Y así me iba enamorando, me juraba que él también, que sentía cosas, que quería que estuviéramos juntos para demostrármelo y yo, Chicho, pero sí ya estamos juntos y él, Pero no así, mami, solos los dos, y me plantaba uno de esos besos que electrocutan justo a la orilla del río.

Así caí yo, seguro así también cayeron las demás. No se necesita mucho para enamorar a una mujer y menos cuando la tentación es tan grande. Hoy se cumplen dos años desde que El Chicho me dijo que se iba a buscar fortuna, por el bien de los dos, con el cuento de que había un negocio bueno por los lados de El Viento. Todavía guardo la esperanza de que vuelva, por el bien de los dos, o bueno, de los tres. Junior se ha quedado dormido después de haber dado lata por horas y yo me pregunto en dónde estará el infeliz del papá. Ni una llamada en meses, ni una carta, aunque no estoy segura de que El Chicho sepa escribir. Me asomo por la ventana de la pieza, para coger el fresco de la noche y me dan unas ganas de salir volando, dejarlo todo atrás, comprarme una casa. Son ideas, ideas locas. La Turca también está dormida desde temprano para madrugar a abrir la tienda. Para madrugar a joder, será. Es muy cansona pero hay que agradecerle que me alquiló esta pieza cuando ya no me alcanzaba para pagar en donde en mala hora me fui a vivir con El Chicho. Y yo le pago con trabajo, que es lo único que tengo, ayudándole con el aseo y haciéndome cargo de la tienda. Hasta mañana, mi chiquito, apago la luz sin poder quedarme dormida, miro por la ventana hacia el cielo en el que las estrellas a veces parecen descolgarse.

En el inicio de los tiempos fue una chispa, un estallido primordial. De pequeño conocí muy pronto la historia del origen del universo contada por mi padre, señalaba el firmamento y me decía, *The sparkle, the original sparkle*. Su dedo se deslizaba por la bóveda celeste uniendo puntos de un dibujo. Mi madre, por el contrario, prefería una explicación más poética de las cosas. Cuando nos quedábamos solos me decía que la luna era una diosa con la cara cubierta de ceniza. Se había quedado ciega y solo de vez en cuando podía volver a encontrarse con su antiguo amante, el sol. Y, cuando se encuentran, el día se transforma en noche, me decía, la luna ciega y el sol brillante, los eternos amantes cósmicos que coincidían sin falta dos veces al año. Yo llegaba repitiendo la historia a mis compañeros hasta que un día un profesor la desmintió diciendo que a ese fenómeno se le llamaba eclipse.

—En febrero de 1998 ocurrirá un eclipse de sol, Magaly, el día se volverá noche y hasta las aves buscarán su nido más temprano, a las tres de la tarde, cuatro minutos a oscuras, un poco más, un poco menos, la sombra recorriendo la costa y atravesando Montería, aquí en este barrio lo veremos y no se volverá a observar algo similar hasta el año 2071.

—Para entonces ya estaremos muertos, míster —me contesta, mira al suelo y vuelve la mirada al techo.

De pronto ya lo estamos y no nos hemos dado cuenta, la certeza de nuestra mortalidad es un alivio ante la incertidumbre de la espera, no alcanzo a decírselo. Magaly llega por las mañanas cuando apenas he abierto los ojos, lava los platos en la cocina, barre el primer y el segundo piso y cuando llega al tercero siempre me encuentra anotando en esta libreta el glosario que llevo. Todo lo apunto porque todo lo olvido y el remedio contra el olvido es escribir. A veces me pregunta en dónde está mi señora, la mujer que aparece en la foto, yo me quedo en silencio y continúo mi trayecto irregular, meteórico, sobre las páginas, antes de contarle mejor lo escribo porque si se lo cuento entonces lo olvido, Magaly mira la fotografía de Berenice; sus ojos pequeños y brillantes retratados para la eternidad. *A flash of eternity.*

Incluso después de enterarme que los eclipses no eran un encuentro entre amantes yo seguía considerando a la luna una diosa. Lo ocultaba, sobre todo porque mi padre me lanzaba miradas de desaprobación cada vez que intuía cualquier idea mitológica que mi madre me hubiese enseñado. Crecí con la sensación que algún día, así como el sol y la luna parecían encontrarse, la ciencia y la poesía se cruzarían en mi camino y podría por fin explicar, explicarme, la complejidad de la creación. En los ojos de Berenice, durante mis años universitarios, fuera por azar, cálculo matemático o designio superior, encontré el lenguaje que buscaba: el corazón de las ideas, un reino en el que la magia era verdadera posibilidad. Éramos tan jóvenes como un enjambre de estrellas de 300 millones de años y en un parpadeo nos hicimos ancianos, ancianos, pero juntos y me gustaría decir que envejecimos a la par, pero el cuerpo de Berenice decaía, se volvía tenue, su mirada cenicienta, cual diosa lunar,

destinada a encanecer, a perder su brillo propio y a sonreír cuando las condiciones eran favorables.

Órbita: Los ojos de Berenice eran oscuros. Bajo la luz apropiada se veían marrones y se lo decía, ella contestaba que los míos se parecían al mar. Lo anoto para no olvidarlo. En el inicio de la enfermedad íbamos de Albuquerque a Santa Fe, allá la veía un especialista que, luego de alumbrar sus ojos con una linterna, nos decía que el tratamiento avanzaba bien. En uno de esos viajes, Berenice me pidió que le prometiera que iba a encontrar a su madre, “Encuentra a mamá”, me dijo, “Dile que estoy enferma, que venga antes de que algo ocurra”, sus brazos eran del grosor de una rama seca, los párpados hundidos en un pantano. Aún así me parecía imposible que algo pudiese dañar a una diosa.

Roswell (NM): El 2 de Julio de 1947 un objeto volador no identificado se estrelló en un rancho de Roswell, Nuevo México. Nunca creí en historias elaboradas acerca de *UFOs* y extraterrestres, pero Magaly dice que la vecina vio uno cuando estaba pequeña, “Lo vio girando y quedó con esta mueca en la cara de la impresión”, imita la mueca y suelta la carcajada, se ríe por encima de su pesadumbre, por encima de las ausencias, todos reímos por encima del vacío y el barrio suena a carcajadas que ahogan el llanto. Berenice volvió a pedirme que buscara a su madre, esta vez ya no estaba sentada a mi lado en la camioneta, sino en su lecho de muerte, mucho más seria. “Espérame, en dos días regreso”, debí haberle dicho. El asunto con los recuerdos es que se acomodan a la medida del olvido, las piezas encajan para favorecer al nostálgico y al culpable. Tomé el desvío de South Valley hasta Las Lunas, esperando alcanzar San Antonio y luego El Paso, bajo el cielo del desierto, plagado de constelaciones,

estrellas y posiblemente algún *UFO* rondando por Roswell.

Amor: “Son los asteroides, Magaly, avísele al barrio y dígame a doña Candor que no se trata de *UFOs*, las naves extraterrestres, al igual que los dioses, son un mito para asustar incautos”, le repliqué. El amor también asusta, quema y arde, pero eso no es problema para los amantes. Todo amante es un sadomasoquista. El amor es la partícula indivisible, *the original sparkle*, cuando ocurre el choque el caos se desata, pero dentro del caos existe un orden. *As above, so below*, así en la tierra como en el cielo, los ojos de Magda son los de Berenice, es la diosa reencarnada. Camina, si acaso camina, sobre el asfalto caliente flota a las 12:15 meridiano, hora local, en otro punto del planeta ya es de noche y puede verse su brillo incandescente. Se consume en sí misma y entra al solar, allí la espera Salomón en un desafío de gravedad, todos los días, a las 12:15 meridiano, hora local, el amor desafía las leyes naturales.